

El monarca del hilo de plata

Un niño de origen campesino convertido en una gran estrella de circo y un artista jubilado que “exporta” talentos conviven en una misma persona: Esmer Hernández Martínez

Yanela Pérez Rodríguez

Las luces que alumbran el sedadero también regalan noches claras sobre la casa vecina, en las afueras de Iguará. Él observa largamente los reflectores a través de la ventana, como si los candiles le repasaran el recuerdo, y en un pacto silencioso con el tiempo regresan a su memoria imágenes fidedignas del pasado; en su pecho revive con gusto cada sobresalto conquistado en sus años de alambrista.

Dice Cirilo Esmer Hernández Martínez que la fascinación definitiva por la cuerda floja ocurrió aquella vez que la línea norte del ferrocarril trajo en el año 1954 hasta Iguará al Circo americano Nelson, una compañía muy grande y hermosa procedente de La Habana.



Sobre la cuerda floja el artista de Iguará actuó durante 28 años. Foto: Cortesía del entrevistado

“Cuando vi un mexicano que hacía cuerda floja me impresionó mucho y al otro día comencé con una sogá de un palo a otro. Mi papá no quería porque nosotros somos campesinos y como yo era el mayor debía trabajar con él, mi papá picaba la sogá y me daba con ella, pero mi mamá me daba 20 quilos y compraba otra sogá”.

La implacable negativa del padre no hizo que Esmer lo amara menos, ni en aquel momento ni después; sin embargo, el progenitor tampoco pudo frenar la pasión del muchacho que estaba decidido a aprender los caminos sobre un alambre suspendido, de ahí que cuatro años más tarde el aprendiz le compró los aparatos a un artista de Camagüey que viajaba en el circo La Rosa. “Él me dio clases porque era una gente muy buena, le decían el rápido en la cuerda floja, mi papá peleó y peleó por eso”. Y al describir aquellos inicios en que el padre se oponía sin tregua al sueño del hijo, Esmer siempre se ríe como un muchacho travieso, pero de nobleza acaso incalculable.

Fue el 21 de enero de 1959 cuando el mismísimo director artístico del entonces rebautizado Circo cubano Nelson llegó a la casa de Esmer, estaban de gira por la zona y había surgido una porfía con Jimmy, el polaco, personaje asentado en la comarca, quien le aseguró al forastero que en Iguará había un niño que hacía cuerda floja.

“Yo estaba guataqueando malanga con mi papá, enfangado hasta la cintura, y me ordenó: ‘¡Escóndete, escóndete!’, me oculté por detrás de la casa, pero había dejado la cuerda floja armada y mi papá no se dio cuenta. Yo ensayaba todas las tardes, por las mañanas antes de irme para la escuela, por el mediodía”.

Como una película bien contada, así el entrevistado se transforma en un narrador insuperable, jovial, que rebasa cualquier vestigio de cansancio a sus 76 años: “Papi les dijo: ‘¡Aquí no hay artista de circo ni hay

nada!’, y ellos le respondieron: ‘Pero eso es una cuerda floja’, y así fue como lo descubrieron, me hicieron montar, primero tuve que bañarme”.

“No es un numerazo, pero es grande porque es un niño”, sentenció el director del circo cuando vio a Esmer ensayando lo que sería su boleto de entrada a la gran carpa. Tenía talento, corazón y zapatillas de alambrista, solo faltaba el traje que en apenas una noche brotó de las manos de la costurera con las telas que compró la madre: camisa blanca de satín con piedras y fajín de corduroy. “En el ensayo vi el circo tan lindo, con muchos reflectores, había artistas de otros países, porque ellos tenían un contrato en Cuba, la Revolución había triunfado hacía unos 20 días; allí fue donde me enamoré de los malabares, cuando vi a un francés que se llamaba Freddy. En los aros y los bolos no fui tan bueno, porque tengo las manos pequeñas, pero en la canilla china sí.

Un momento de duda, a un paso del estrellato: “Yo ensayaba la cuerda en mi casa con troncos de madera y eso cede, pero las estacas que ellos tenían eran de hierro, cuando me subí en la cuerda floja yo sentí una cosa muy dura y dije: jay, madre mía, no puedo!, me botaba el cable”.

De boca del director, Esmer escuchó el consejo oportuno, especie de secreto del oficio: flexionar las piernas un poco, casi imperceptible a los ojos del público y muchísimo ensayo. El altavoz que retumbó aquella noche en el espectáculo de Yaguajay lo presentó como el alambrista más joven de América.

“Cuando anuncian: ‘Un hijo de este pueblo por primera vez debuta en un circo’, jay, Dios mío!, el circo aquel lleno, me cayó un nerviosismo que yo no podía salir, el malabarista me dio un empujón por la espalda y salí”. Con la evocación de cada pasaje Esmer se llena de la adrenalina de antaño, y reluce el espíritu ensismado en otra época.



Esmer ha instruido por casi 30 años a la brigada Los Mambisitos. /Foto: Vicente Brito

Aquel fue el espectáculo de estreno definitivo, donde no faltaron las lágrimas de felicidad al escuchar “el aplauso más grande del mundo”, como él lo recuerda.

Demasiada pasión, ya no logró bajarse de las cuerdas y como los artistas circenses no podían permanecer más de una temporada en el mismo conjunto, transitó por otros como Duflar, Yerandi, Santos y Artigas, Zapatico, incluso en la compañía de circo y teatro de Enrique Arredondo. De occidente a centro, persiguiendo los públicos que se movían con las cosechas de caña y de tabaco, brillando en las pistas durante 28 años, aunque para jubilarse en 1986 solo le hicieron falta 20, a quien desde 1961 se integró a la Asociación de Artistas Cubanos, posteriormente de artes y espectáculos y en 1999 entró a la Unión de Escritores y Artistas de Cuba.

Usted tuvo tres hijos de matrimonios distintos: Marilín, Julieta y Esmer, pero no formó una familia. ¿Hoy no le pesa?

“El artista es así, ese fue el mundo que yo escogí”.

Pensó la estrella de la cuerda floja que con el retiro podría finalmente cumplir el anhelo de su padre ya anciano y enfermo que reclamaba su ayuda para atender la finca; sin embargo, la cultura yaguajayense lo convocó a mostrar cuánto podía hacer todavía, primero regalando números de malabares a los miembros del Ministerio de Cultura que visitaban Iguará.

Más tarde nació el proyecto que hasta hoy le florece en nuevas ilusiones: la creación de la brigada Los

Mambisitos, que ya cumplió 29 años y que le valió más de una veintena de reconocimientos nacionales, provinciales y municipales, entre ellos la Distinción por la Cultura Nacional Raúl Gómez García y Premio Nacional de la Cultura Comunitaria, y mantuvo por más de 15 años la condición de Vanguardia Nacional.

De artista a maestro, llegó a instruir más de 30 niños al mismo tiempo, con ellos se ganó una plaza segura en el Campamento Internacional de Varadero apenas un año después de fundada la brigada, invitación que se repitió en etapas vacacionales.

“Les trabajé a los primeros niños de Chernobil que se trataron en Cuba. Ahora tengo tres en la Escuela Nacional de Circo que fueron los últimos que mandé, pero he enviado a 17 muchachos para La Habana, después que terminaron el noveno grado, la gente de Circuba venía a captarlos aquí a Iguará. Algunos andan por España, México, Australia, Italia, Turquía, Estados Unidos, pero ellos siempre regresan”.

Feliz de cuanto ha recibido, y mucho más por lo que aún puede dar, Esmer cree en el futuro. “Yo no he terminado, no. Los niños vienen a ensayar a mi casa porque el teatro de Iguará lo van a reconstruir”. Quizás la esperanza de los pequeños que acercará a sus sueños le alivie el dolor de las piernas que reclama el bastón, como huella imperdonable de sus días sobre la cuerda floja, aflicción que empeora la humedad de la placa que a ratos gotea, mas, a Esmer, como siempre, le basta con aguardar el sol.

La cultura se va de coloquio

Previo al cumpleaños 504 de la cuarta villa cubana, sesionará la edición 22 del Coloquio de la Cultura Espirituana

Lisandra Gómez y Enrique Ojito

Experiencias en el fomento del arte en la comunidad y estudios acerca de personalidades, acontecimientos y aristas poco exploradas de este pedazo de Cuba marcarán las sesiones del XXII Coloquio de la Cultura Espirituana el próximo primero de junio, en la antesala del aniversario 504 de la fundación de la cuarta villa.

De acuerdo con el escritor Abel Hernández Muñoz, uno de los organizadores, la cita tendrá como escenario fundamental el Museo de Arte Colonial, donde se presentará

una veintena de investigaciones en las comisiones, por un lado, de temas socioculturales y proyectos comunitarios, y, por otro, patrimonio cultural, unido a asuntos históricos.

Los tópicos relacionados con el patrimonio natural serán expuestos en el Museo de Historia Natural Juan Cristóbal Gundlach, que acogerá la presentación del documental *El naturalista perdido*, de Rando Menéndez Cruz, referido a la búsqueda y hallazgo de los restos mortales y la ruta de vida del científico europeo que le da nombre a la mencionada institución espirituana.

En el contexto del evento, Hernández Muñoz dictará una conferencia centrada en las reso-

nancias histórico-culturales y académicas de Gundlach, y la metodóloga Mayda Estrada Toledo disertará en torno a los 40 años de creado el sistema de Casas de Cultura en el país.

Al reflexionar sobre la trascendencia del coloquio, Abel Hernández manifestó que no pocos trabajos indicarán directrices en pos de una mayor eficacia del quehacer cultural en el territorio.

El festejo por el nuevo aniversario de Sancti Spiritus comprende, igualmente, la sesión solemne de la Asamblea Municipal del Poder Popular el 4 de junio, fecha de fundación de la villa, y la apertura del Salón de la Ciudad, entre otras acciones culturales.



El Museo de Arte Colonial será la sede principal del evento.